

**Décimo tema de formación para novicios seculares de Jesús
Obrero**

Historia de la Provincia del Rosario

Índice

Fundación de la provincia en Filipinas.....	2
Misiones en Japón.....	5
Misiones en Taiwán.....	9
Misiones en China	11
Misiones en Vietnam.....	15
Sucesos generales.....	17
Convento de Ocaña.....	20
China, Japón y Taiwán.....	22
La era de los mártires en Vietnam.....	28
Misioneras dominicas.....	33
Independencia de Filipinas.....	34
Personajes destacados.....	37
Venezuela.....	41
Corea.....	44
Impresiones finales.....	46

Después de varios intentos frustrados, el Rey Felipe II ordenó al Virrey de Méjico que armara una nueva expedición para la conquista militar y religiosa de las Islas que ya se llamaban Filipinas desde hacía unos años en su honor. En noviembre de 1564 arribó la expedición a las órdenes de D. Miguel López de Legazpi, caballero vizcaíno que reunía grandes dotes de militar y colonizador. Pese a la oposición de los portugueses y de los nativos poco a poco dominó el país entero y puso la capital en Manila. España no esperaba ninguna ventaja material al emprender la conquista de las Filipinas porque en ellas no había especias ni otros tesoros que entonces se cotizaban, pero para Felipe II la predicación del evangelio fue suficiente motivo para hacerlo. Legazpi había llevado con él algunos religiosos agustinos.



En todas las obras sobre historia de Filipinas y sobre la acción evangelizadora de España en aquellos lejanos territorios aparece como figura fundamental el nombre del insigne riojano fray Domingo de Salazar, primer arzobispo de Manila. Nació en Baños de Río Tobía por los años de 1525. Tomó el hábito de religioso dominico en el convento de San Esteban de Salamanca, en donde fue contemporáneo y condiscípulo de Domingo Báñez y de Bartolomé Medina, grandes lumbreras intelectuales del siglo XVI español, de los que no desmerecía nada en aplicación y talento, aunque siguió caminos muy distintos de ellos.



Las gestiones del arzobispo en España hicieron que en 1586 un buen grupo de cuarenta dominicos, bajo la dirección del P. Juan de Castro, saliera del puerto de Cádiz rumbo a Filipinas. A pesar de la dureza del viaje y pese a la muerte de varios de ellos, quince lograron atravesar Méjico y embarcarse en Acapulco, en la costa del Pacífico, para Manila y tres para Macao. Después de superar las dificultades de la travesía del Pacífico, que

les llevó tres meses, llegaron los quince a Cavite el 21 de Julio de 1587, festividad de Santa María Magdalena. A los pocos días entraron en Manila entre las felicitaciones y plácemes de las autoridades y el entusiasmo de la población.

Con este viaje quedaba fundada en realidad la Provincia de Ntra. Señora del Rosario, de Filipinas. Con este nombre la conocí yo, y así se llamó hasta que los filipinos tuvieron provincia autóctona. Desde entonces se llama Provincia de Ntra. Sra. del Rosario. Con cariño de hermano les recibió el arzobispo y les hizo residir en el palacio arzobispal hasta que fueron edificando otras casas. El P. Juan Castro repartió los quince religiosos a distintos destinos misionales quedándose con él en Manila los padres Benavides, Soria , Juan Maldonado y el hermano Pedro Rodríguez con el fin de fundar el convento de Santo Domingo, de estricta observancia, para que fuera en el futuro el centro de todas las actividades de la Provincia. Durante muchos años el material de ese convento fue caña y bambú.

En el año 1588 llegaron nuevos refuerzos de Méjico y con ello ya no se dilató más el primer capítulo provincial. Los padres reunidos eligieron Provincial al P. Juan de Castro. Este capítulo redefinió el carácter misional para el Extremo Oriente de la Provincia a la espera de poder saltar a China, Japón y otros territorios. Proclamó como segunda patrona a Santa María Magdalena por haber llegado ese día a las costas filipinas. El Capítulo general celebrado en Venecia en el año 1592 aprobó la fundación de la Provincia.

Aparte de evangelizar los territorios y provincias filipinas pronto los religiosos realizaron viajes de exploración hacia otros países con el fin de abrir nuevos horizontes misionales. Los tres religiosos que habían embarcado hacia Macao llegaron felizmente y hasta lograron fundar convento en la colonia portuguesa. Al fin fueron expulsados por órdenes del Virrey portugués de Goa y volvieron a España. La gran ilusión siempre fue China, la enigmática Catay de la que se sabía poco. Los padres Castro y Benavides viajaron a China pero fueron retenidos por los guardacostas. Después de muchas peripecias y sufrimientos fueron expulsados, volviendo a Manila. Todavía antes de terminar el siglo los españoles y con ellos los misioneros hicieron dos expediciones a Camboya. Fueron atacados por numerosas flotillas que consumieron la vida y la paciencia de muchos españoles que se volvieron a Manila.

Con relativa frecuencia llegaban de España y Méjico barcadas con nuevos dominicos que venían ilusionados a reforzar el empeño misionero de la Provincia. En Madrid se instituyó una legación desde la cual el Procurador reclutaba de las diversas provincias nuevas vocaciones misioneras. Lo mismo sucedía en Méjico. Con el paso del tiempo, además de España, otras naciones de Europa contribuyeron a la gran epopeya misionera en el Oriente. Este régimen de reclutamiento duró hasta la época de la desamortización en 1835, que fue cuando se abrió el convento de Ocaña (por especial indulto del gobierno) para reclutar vocaciones propias ya que las otras provincias españolas fueron suprimidas por los poderes sectarios de la época. Precisamente los religiosos que habían contribuido más que nadie al asentamiento y civilización de muchas gentes en los dominios de España terminaron su labor, por un tiempo, siendo suprimidos por la incultura y desagradecimiento de la España liberal y progresista.

Una de las primeras grandes realizaciones de la Provincia en Filipinas fue la fundación de la primera Universidad que hubo en Asia. Desde el primer momento la idea de un Estudio general era el anhelo de las mentes más preclaras. Se comenzó por pequeñas escuelas y cátedras sueltas hasta que el año 1611 se logró formar un patronato entre los dominicos y algunos seglares pudientes y comenzaron en serio las obras para edificar los diversos colegios y facultades que se fueron realizando con lentitud pero sin desánimos. Desde ese mismo año comenzaron algunas clases. La escritura de fundación data del 28 de abril de 1611, refrendada por Felipe II unos años más tarde. Desde entonces hasta hoy mismo cientos de miles de estudiantes han abarrotado sus aulas y lo siguen haciendo cada día del año. Actualmente subsiste todavía en pleno auge.

Otro dato ineludible de los primeros años de la fundación de la Provincia en Filipinas es la del patrocinio de la Virgen del Rosario. La milagrosa imagen, preside desde el principio una de las capillas de la Iglesia de Santo Domingo. Obra de un escultor y orfebre chino que recibió el bautismo a la hora de la muerte, ha protegido todas las empresas y empeños misionales de la provincia. Es impresionante ver actualmente el día del Rosario, y todos los días, a miles de filipinos venerar dicha imagen. Se puede decir que con el patrocinio de la Virgen y la labor de los misioneros, tanto dominicos como de otras Órdenes, los cien millones de

filipinos actuales configuran, tal vez, la nación más cristiana del orbe. Si se mide por culto y asistencia no nos cabe la menor duda. La Iglesia de Santo Domingo, en la que caben cinco mil personas, la he visto yo personalmente, abarrotada en muchas de las misas del domingo.

Misiones en Japón

Nuestras misiones del Japón durante la primera mitad del siglo XVII constituyen uno de los capítulos más gloriosos no solo de la Provincia sino de la Orden entera. Junto a los dominicos estuvieron los jesuitas, franciscanos, agustinos y recoletos. Todos ellos son a cual más memorables. El Japón acababa de realizar una revolución antifeudal durante el siglo XVI con muchas guerras civiles. Una autoridad fuerte bajo el mando de Hideyori Toyotomi desposeyó a los *daimios o tonos*, especie de señores feudales de sus dominios y autoridad. Tanto Toyotomi como sus sucesores no descansaron hasta aniquilar al cristianismo. El Mikado o Dairi (emperador) yacía en la penumbra en el palacio de Kyoto sin influir para nada en la política y administración. Los portugueses y españoles lo consideraban únicamente como jefe religioso y cabeza de los bonzos del imperio.

No voy a contar paso a paso las incidencias de esas misiones que para nosotros comenzaron en el año 1602. Grupos de héroes de la fe se iban sucediendo cada poco tiempo, llegando a Japón, a misionar y predicar el evangelio. Morían unos y la Provincia desde Manila enviaba nuevos refuerzos que también, uno a uno o en pequeños grupos, fueron cayendo martirizados. Al principio eran expulsados y, en alta mar, reconducidos de nuevo a otras playas de Japón. Más tarde, la persecución sangrienta se cebó con tal crueldad que logró terminar en 1637 con el cristianismo en esa nación, al menos como sociedad organizada.



La Iglesia ha reconocido y elevado a los altares a dos grupos de misioneros dominicos. El primer grupo, martirizado entre 1617 y 1628, es encabezado por el beato Alfonso Navarrete que fue el primero en morir en el año 1617. Después de él otros muchos sacerdotes y terciarios fueron también sacrificados. A todos ellos los beatificó el papa Pio IX el 7 de Julio de 1867. La Iglesia, en especial la Orden, celebran su fiesta el día 10 de septiembre. Es una pena no poder dedicarle a cada uno de ellos al menos unos parrafitos porque son émulos y dignos de ser parangonados con los mártires de la primera Iglesia.

El otro grupo fue beatificado y canonizado por el Papa Juan Pablo II. La beatificación se realizó en Manila el 18 de febrero de 1981 y la canonización en Roma el 18 de octubre de 1987. Este papa tuvo el acierto de canonizar a los mártires de las distintas naciones de Oriente. Los cristianos de aquellas remotas regiones valoran y aprecian, sirviéndoles de ejemplo, mucho más a sus mártires que a los de la Iglesia primitiva que les quedan tan lejos de su historia y de su cultura. Yo he podido experimentar esta realidad en Corea cuya fe, ya arraigada, hace referencia a sus padres en la fe, muertos por las autoridades paganas *in odium fidei*, en el siglo XVIII. El papa se dio cuenta de este detalle. De ese modo al canonizar al



segundo grupo de dominicos japoneses, muertos entre 1633 y 1637, puso de cabeza de lista al mártir filipino Lorenzo Ruiz, sin duda siguiendo la misma política de realzar el cristianismo autóctono de cada región. Entre estos últimos canonizados, además de Lorenzo Ruiz, hubo cuatro dominicos españoles, un siciliano, un francés y tres japoneses. También dos hermanos cooperadores japoneses, dos terciarias y dos seglares de la misma nacionalidad. Su fiesta con memoria obligatoria para toda la Iglesia se celebra el 28 de septiembre.

Los tormentos a los que fueron sometidos estos últimos, cada vez más sofisticados, rayan en lo demoniaco. Muchos de ellos murieron en el suplicio de la *horca y el hoyo* que consistía en colgar por los pies a los mártires de una horca y, boca abajo, introducir la cabeza en un hoyo de un

metro de profundidad atestado de estiércol y, a veces, hasta de sabandijas y culebras. Una de las terciarias Santa Magdalena de Nagasaki colgó de esa guisa durante trece horribles días, según el P. Pablo Fernández. El Señor tuvo piedad de ella mediante la lluvia que cayó una noche y la ahogó. Cosas semejantes hicieron con la otra terciaria Santa Marina de Omura, ambas chicas jóvenes que, para escarnio, primero las pasearon desnudas por la ciudad. Otro de los tormentos fue el del *agua ingurjitada*, así lo llamaban los misioneros. Consistía en introducir por medio de embudos, grandes cantidades de agua en el cuerpo del mártir, el cual presionado por un gran tablón, sobre el cual saltaban los esbirros, arrojaba los líquidos por todas las vías naturales en medio de atroces convulsiones.



Quiero terminar esta breve relación sobre Japón con una carta al provincial de Manila que escribió Santo Domingo de Erquicia, uno de los mártires:

Las cosas de esta cristiandad andan muy apretadas. En la corte han martirizado más de setenta y entre ellos al padre fray Francisco Gálvez de la Orden de san Francisco y al padre Jerónimo de los Ángeles, de la compañía de Jesús, y a algunos criados del mismo emperador. Casi todos fueron asados vivos. Dos días hace que llegó a un pueblo, que está a media legua de donde estoy, un juez contra los cristianos, y mañana ha de publicar sus edictos. Sírvase Dios de dar fortaleza a sus confesores.



Sto. Domingo Ibáñez Erquicia +1633
14 de agosto Presbítero Mártir

Yo estoy aprendiendo la lengua; y si pasa adelante esta persecución, habré de confesar a los fieles con la que sé, aunque no lo pensaba hacer hasta Cuaresma. Mis compañeros, y fray Luis y fray Lucas están muy adelante con ella. El padre fray Pedro Vázquez está ya preso. Sólo el padre fray Domingo Castellet anda suelto y trabaja

tanto de día y de noche, acudiendo a todas partes que parece que hay muchos de la Orden. Él caerá en el lazo que le andan armando muchos para cogerlo. Pocos días ha que fueron a prenderlo más de cien hombres a la casa donde estaba, mas ya se había ido a otra.

El modo que aquí tenemos es éste: en anocheciendo salimos de la casa, adonde hemos estado de día, para irnos a otra, porque en ninguna podemos estar más de una noche. Confesamos luego a los enfermos que nos avisan. Tras esto, de camino en alguna casa, se juntan nuestros cristianos, y allí los confesamos hasta que quieran cerrar las puertas de las calles, que será como a las diez de la noche. A esta hora nos recogemos a la casa a donde hemos de pasar la noche y el día siguiente. Allí confesamos a los que acuden para haber de comulgar al día siguiente, en que tardamos hasta más de las doce comúnmente, y por veces más. Y algunas, antes de acostarnos, les decimos misa y comulgamos por ser muy tarde; y cuando no, nos levantamos antes de amanecer a hacer esto. Después, de día, confesamos la gente de casa y algunos muy conocidos del casero, porque no se atreven a meter mucha gente en casa por el rigor de la persecución que anda contra ellos.

Eso de mudar de casa lo hacemos cada noche, que es grandísimo trabajo, y más en invierno con el frío grande que hace aquí, nieves, lodos, aguas de noche, y casi siempre descalzos de pie y pierna, por entre piedras que nos maltratan mucho. Y a veces no basta mudar casa, sino que es menester mudar pueblo, pasando fríos, barrancos y mil malos pasos a pie, y lloviendo Dios sobre nosotros. Y todo esto se lleva de buena gana, por ser por quién es.

Puedo decir en verdad que no me acuerdo de haber estado en toda mi vida en parte ninguna tan contento como aquí, por ver la devoción de estos cristianos y lo bien que luce en ellos nuestro trabajo.

Lo que pido a vuestra reverencia, padre mío, es que no desampare esta cristiandad, sino que procure enviar a ella algunos religiosos en su tiempo, y lo solicite en el de sus sucesores, que nosotros, de hoy a mañana, podrá ser demos en manos de la muerte. Dios descubra trazas cómo enviarlos, no obstante las que estos tiranos

han dado para que no vengan. Pero sean tales cuales ha de menester una cristiandad tan perseguida: hombres de fuerzas para tantos trabajos como acá han de pasar, que por eso se lo escribo a vuestra reverencia, para que los escoja tales, y ellos sepan a lo que vienen, y midan allá sus fuerzas con ellos; si bien es verdad que no hay que fiar de las propias, sino de las que Dios sabe dar a los que por su amor se ponen a andar en tantos peligros. Ciertamente tenemos acá el socorro de sus oraciones de vuestra reverencia y de todos esos padres, para el cual socorro por lo menos no hay embargos, cuando los haya para todos los demás. Guarde nuestro Señor a vuestra reverencia.

Misiones en Taiwan (Formosa)



La isla de Taiwan, antes Formosa, cerca de China, está situada en el camino entre Filipinas y Japón. Los españoles llegaron a ella en 1626. Por aquel tiempo la poblaban dos pueblos de origen malayo: Los naturales y los igorotes. Los primeros en la llanura y los segundos en la montaña. Más tarde entraron en ella los chinos, que actualmente forman el núcleo de población más importante, y los japoneses.

El 8 de febrero de 1626, marineros, soldados y frailes se hicieron a la vela en una flota formada por dos galeras y doce champanes chinos que llevaban a bordo tres compañías de gente armada. Los formosanos que hasta entonces no habían visto rostros europeos ni oído el estampido del cañón huyeron a la espesura de los bosques. Los españoles tomaron y fortificaron la bahía de Tamsui. Los misioneros, a su vez, edificaron pronto una capilla y con sus buenos modos lograron atraer a los pobladores huidos. Pronto apareció una poderosa armada holandesa con tres navíos que exigió con altanería la rendición. Sin embargo, los cañones españoles desde tierra acertaron en sus blancos e hicieron huir al enemigo.

No fueron fáciles los principios: el P. Martínez murió ahogado y otro misionero el P. Báez fue traspasado por las flechas de los aborígenes de la montaña. Los soldados españoles marcharon hacia allá con el fin de hacer sentir su justicia y vengar la muerte del misionero. Los buenos oficios del P. Muró evitaron la tragedia y lograron que el gobernador declarara una amplia amnistía. Todavía hubo otras varias emboscadas en las que murieron bastantes personas, entre otros el mismo P. Muro. Poco a poco los misioneros fueron templando los ánimos y comenzaron su labor evangelizadora.

Pese a todo, el fin de la misión y de la conquista se veía cercano. Por aquellas aguas merodeaban flotillas holandesas cada vez más poderosas. El gobernador de Manila, Hurtado de Corcuera, no hizo caso de las repetidas embajadas pidiendo ayuda. Él estaba embarcado en la guerra de Mindanao. El hecho es que en agosto de 1642 apareció una fuerte escuadra holandesa compuesta de cuatro navíos de alto bordo y de otras embarcaciones menores. A continuación el enemigo conquistó una colina que dominaba el castillo y la tropa española no tuvo más remedio que retroceder abrumada por el número. Visto lo cual el gobernador decidió capitular.

Los holandeses respetaron la vida de los defensores de Tamsui pero se apropiaron absolutamente de todo hasta de los más pequeños retales de las sacristías, las imágenes y todo lo que pudiera servir de objeto de transacción y comercio. El resto de los españoles se volvieron a Manila. Pese a la lamentable pérdida, que España nunca supo apreciar debidamente según el P. Pablo Fernández¹, quedaba ya cumplido el ideal de acercamiento a la gran China con el que habían soñado todos los misioneros

¹ Fray Pablo Fernández Villarroel O P, *Dominicos donde nace el sol*, 711 pgs. Barcelona, 1958

Misiones en China



En 1631, después de al menos siete intentos previos que resultaron fallidos, la provincia del Santo Rosario consiguió hacer su sueño realidad, entrando en la gran China, desde donde evangelizaría en el área de Fukien durante más de 300 años. Fukién está en la parte sureste de China. En esas fechas se estaba consolidando seriamente la evangelización en Filipinas y los españoles habían puesto pie en Formosa en una dominación que duró poco, como hemos visto.

La entrada se hizo desde Formosa. El gobernador envió una embajada con presentes para el Virrey de Fukién. Entre ellos iba el P. Cocchi y el P. Tomás Serra con escolta y mozos de servicio. La embarcación era china. La tripulación era china. En un momento dado mataron a los mozos y varios escoltas. Los demás con los misioneros se parapetaron en un rincón de popa y se hicieron inexpugnables pero los chinos los encerraron con tablones. El objetivo era quedarse con los presentes que llevaban para el mandarín. Poco después fue abordada la nave por unos corsarios que se quedaron con el botín y llevaron a los chinos a su barco con el fin de hundir el otro con los españoles dentro pero el barco fue flotando a la deriva como si fuera una boya hasta dar en una isla deshabitada de donde les rescataron unos pescadores.

El mandarín no les recibió mal y les dejó hacer aunque tardó en convencerse de que eran embajadores. Al mes y medio de estar en Fogán ya había convertido el P. Cochi a varios infieles de las familias más distinguidas. Luego levantó una modesta capilla con lo que se inició la misión dominicana de China. No tardó en morir este misionero iniciador.

Fue sustituido por el P. Juan Bautista de Morales un hombre mucho más asentado que el anterior y mejor preparado en la cultura y ritos chinos.

Por desgracia, un neoconverso tuvo la mala ocurrencia de destrozar la estatua de un ídolo con lo que el pueblo se amotinó contra los cristianos que trajo como consecuencia una persecución y un decreto de expulsión por parte del mandarín. Los misioneros se fueron de allí pero remitió pronto la ira del pueblo y pudieron volver.

A partir del año 1644 la política y mentalidad china dio un vuelco tremendo por la irrupción de los tártaros que lo dominaron todo y fundaron su propia dinastía llamada Ching. Antes de que llegara a nuestras misiones la furia de la guerra, los paganos de la villa de Fogán, alarmados por el progreso del cristianismo, movieron una gran persecución difamatoria. Poco menos que echaban a los extranjeros europeos la culpa de las invasiones tártaras. Algunos misioneros fueron duramente maltratados a consecuencia de lo cual murieron varios. Sin embargo desde Manila se reponía continuamente el personal.

En Fogán fue apresado por el Virrey de Fukien el P. Francisco de Capillas. Este religioso negó ante el mandarín todas las acusaciones que se propalaban contra los cristianos. Tuvo que sufrir por ello el espeluznante tormento de los tobillos. En la cárcel, donde se entregó sin reservas a la oración y la predicación pudo convertir a algunos reos de delitos comunes. Fue azotado varias veces para que confesara la verdad de los bulos, a lo que se negó con valentía. Al final, fue decapitado sin más explicaciones por el mandarín tártaro. Era el 15 de Enero de 1648. Francisco de Capillas es el protomártir de la Iglesia China. Fue canonizado por Juan Pablo II. He aquí una carta suya desde la prisión al provincial de Manila:

Jesús sea en vuestra compañía, hermano. Bien sé que no estaréis con pena, antes con envidia santa en verme aquí; porque estaréis cierto que es Dios nuestro Señor el que aquí me ha traído, y por ser así no bastan trazas humanas para sacarme de aquí hasta que se llegue la hora en que tiene determinado nuestro Señor Jesucristo sacarme.

Mandó el mandarín que me metiesen en el calabozo con los pies en el cepo de donde al presente escribo ésta en este pedazo de papel que he hallado, acaso por ser este un lugar donde todo falta. Sólo hay lloros continuos de los pobres encarcelados, que están muriéndose de hambre y frío, sin que haya nadie que haga caso de ellos. Cuando mucho, les dan el caldo en el que se cuece el arroz y yo reparto con ellos de lo que me dan y les sirvo en lo que me mandan, y me tengo por muy dichoso en eso.

Ya saben en la villa lo que es nuestra santa ley. Hartas veces se ha predicado en público y en secreto. El otro día se manifestó bastante la verdad de nuestra santa ley viéndome todos padecer con igualdad de ánimo por ella, respondiendo yo a todo lo que nos imputan; y los bien intencionados quedaron bien satisfechos de que no tiene tales maldades nuestra santa ley, ya que para los malintencionados no bastan razones, ni autoridad de letrados.

Haced que rueguen por mí todos para que me dé Dios, nuestro Señor, valor, si acaso se ofrece el volver a padecer por él mayores tormentos de los padecidos y al fin glorificarlo por la muerte, que para todo estoy puesto en la voluntad de nuestro Señor. Ya sé lo que es padecer y experimenté el otro día que son verdaderas las palabras de Cristo Señor, (Mt. 10, 28) que me vi en los tormentos con otro valor diferente del natural y ya no hacía caso del cuerpo y lo miraba como si no fuera propio, y así no se me daba nada que lo atormentasen de la manera que el tirano quisiera hasta quitarle la vida. Bien echaron de ver todos que no estimaba la vida y para probarme el mandarín me dijo que me quería matar. Yo respondí que hiciese lo que quisiese, que lo mismo me era morir entonces que en otro tiempo.

Cuidado con esos hermanos no os engañen en sacar dineros para dar a este mandarín en mi rescate. No nos ha enviado el Señor el dinero para darlo a un tirano, ni yo he leído que en tiempos pasados, cuando había persecuciones, librarán a los ministros de la muerte con dinero, antes ellos de antemano, daban lo que tenían a los pobres para que el tirano no diese con ello. Lo que solían hacer los ministros era acudir a

su Dios que los librase, y el Señor, cuando era necesario, los libraba como libró a Pedro y a otros. Yo he echado de ver claramente que el Señor me ha metido aquí, y así él me sacará, si soy digno de algún provecho para los cristianos y, si no, me llevará consigo y se acabarán mis tribulaciones. (Cf. 2 Co 12, 1. 7)

Después de estos primeros sufrimientos se gozó de bastantes años de paz gracias a la influencia que el jesuita Juan Adams Schall ejercía sobre el ánimo del emperador Schungchi. Todas las Órdenes religiosas aprovecharon esta bonanza para intensificar su apostolado misionero. En el año 1655 salían de Manila un nutrido grupo de religiosos para reforzar a nuestras misiones ya existentes y abrir una nueva misión en Amoy.

Casi cien años tardó en venir una nueva persecución. Cien años de intensa misión y actividad. Un largo período fecundo en disputas (los ritos chinos), y destierros. Los mártires que cerraron el período y que ahora citaremos, fueron en el sentir de la Provincia el premio de la inquebrantable fidelidad de la Orden a la doctrina de la Iglesia con motivo de la controversia sobre los ritos. Sin meterme a juez me he dado cuenta que el sentir de dominicos y franciscanos no iba muy acorde con la forma de evangelizar de los jesuitas, según ellos llena de intrigas y pependencias pero de gran influencia entre los altos dignatarios. Nuestros mártires son los siguientes:

Fray Pedro Sans y Jordá, obispo. Natural de Ascó en Tarragona. Es apresado en 1746 y tras larga y durísima prisión muere decapitado en 1747.

Fray Francisco Serrano, obispo. Granadino. Murió asfixiado y su cadáver quemado en 1748.

Fray Juan Alcober. Presbítero. También de Granada. Murió ahorcado y después quemado en 1746.

Fray Joaquín Royo, presbítero. De Teruel. Murió con otros muchos miembros de la familia dominicana, asfixiados y después quemados en 1748.

Fray Francisco Díaz. Sevillano. Ahorcado y quemado en 1748.

Toda la misión, en la época de la persecución, sufrió el desvarío de las autoridades de la provincia de Fukién. La gente cercana a los dominicos sufrió grandemente. En especial el mandarín de Fogán, convirtió a mucha gente en blanco de sus iras en especial algunas doncellas cristianas, consagradas a Dios con el voto de virginidad, las cuales no cedieron ni ante cárceles ni ante sufrimiento alguno. El que cerró el período fue el misionero dominico chino **Fray Fung**. Pasó por unos treinta tribunales, soportando en todos ellos el tormento de los azotes, sufridos con la misma heroicidad que los primitivos mártires de la Iglesia. Sus familiares, orgullosos de él, trasladaron su cuerpo a su pueblo natal.

Misiones en el Tonkín (Vietnam)

El Tonkín era parte de un amplio territorio que en aquellos tiempos llegaba hasta Camboya y Laos, situado al sur de la China. Religiosamente estaba dividido en dos provicariatos recién nombrados por Roma y prácticamente sin clero. De uno de ellos llegó la invitación a Manila para que nuestra provincia ayudara a la evangelización de aquellas tierras. Estamos en el año 1672. Para no enfrentarse con los portugueses el gobernador de Manila no favoreció el envío de religiosos dominicos. Entonces fueron enviados ocultamente los PP. Juan de Santa Cruz y Juan de Arjona. Se embarcaron en un champán chino hasta Batavia. Allí sacaron pasaje en un buque inglés para el Tonkín.

Sobre ellos brilló la Divina Providencia porque a ocultas de toda aduana, pudieron entrar sin ser descubiertos y permanecer en aquellas tierras. Poco más tarde con los mismos métodos arribó el P. Dionisio Morales. Entre los tres trataron de organizar la misión. Pero alguien los delató y después de cárceles y sufrimientos fueron expulsados. Sólo quedó el P. Juan de Santa Cruz, que fue más tarde obispo y patriarca de la Misión. Desde la cubierta de un navío holandés, los dos expulsados dieron el adiós a sus sueños, regresando a la fuerza a Europa.

Poco a poco fueron llegando refuerzos de Manila. Después de solucionadas desde Roma ciertas disputas sobre jurisdicciones en relación

con los obispos que querían someterlos, comenzaron los misioneros a recoger a manos llenas la abundante mies que les deparaba la Providencia en dichas tierras. Durante algo más de treinta años, hasta el año 1711 pudieron trabajar con facilidad.

En 1711 un decreto del Rey disponía la demolición de las iglesias y la confinación de los misioneros en la capital, lo cual obligó a los religiosos a huir a despoblado. Un segundo decreto mandaba destruir iglesias, cruces, ornamentos y todo lo referido al culto cristiano. Los cristianos debían de renunciar a sus creencias o, de lo contrario, serían castigados con una fuerte multa y marcados en el rostro con la inscripción sínica: *ta Hoa lang dao* que significa “falsa religión de Portugal”. Al poco tiempo caían o eran pasto de las llamas ciento setenta y cuatro templos de la misión dominicana. Trescientos cuatro cristianos merecieron ser marcados en el rostro con la inscripción susodicha²

Este periodo terminó con la prisión y el martirio de dos santos canonizados por Juan Pablo II, a saber, Francisco Gil de Federich y Mateo Alonso Leciniana. Ambos sufrieron largos interrogatorios y obligados a pisar la cruz. Ante las continuas negativas de los misioneros fueron condenados a muerte. Fray Francisco Gil era natural de Tarragona. Murió después de siete años de terrible prisión. Canonizado el 19 de junio de 1988. Fray Mateo Alonso era natural de Nava del Rey en Valladolid. Sufrió una grave cárcel durante dos años al cabo de los cuales fue decapitado. Canonizado el mismo día que el anterior. Treinta años más tarde murió otro santo español, canonizado el mismo día, fray Jacinto Castañeda, natural de Játiva en Valencia. Fue decapitado en 1773. Juntamente con los sacerdotes españoles murieron muchos indígenas; algunos eran sacerdotes, otros terciarios y otros muchos afines a nuestras misiones.

Pese a las muchas persecuciones, la misión del Vietnam no se interrumpió dando muchos frutos. En el siglo XIX, época de los mártires de esta nación, reseñaremos el sublime cenit y esplendor de esta misión.

² Cfr. Pablo F. Villarroel, o c, p.244

Sucesos generales

Durante el siglo que va de 1680 al 1780 llegaron de España a Filipinas catorce misiones. Haciendo una media, salen unos treinta y cinco religiosos por barcada. No hay que hablar de las penalidades, muertes en los viajes, hambres, pestes, motines en los barcos y toda clase de aventuras. Muchos se quedaban en Méjico después de la primera travesía del Atlántico. Es evidente que los que llegaban a Manila, esos treinta cinco de cada barcada, iban bien probados y traqueteados, aptos la mayoría para cualquier misión que se les encomendase.

Hay que decir que algunos de estos religiosos se desilusionaban, al llegar o con el tiempo, de la Provincia, de las tierras y sus habitantes, y del esfuerzo heroico que allí habían de desplegar, buscando volver a España. Como siempre no todos los llamados son escogidos. Los maestros de la Orden facultaban con cierta condescendencia la vuelta a la patria de los que no pudieran con el empeño. Esta facilidad para retirarse hace más gloriosa y loable la entrega y la sangre de muchos religiosos y mártires así como el don del Espíritu con que eran guiados. La impresión que causa este esfuerzo evangelizador denota bien a las claras que era Jesucristo el regalo y don que los misioneros querían trasmitir. Si se hubiera tratado de una conquista espiritual o cultural o política esta historia casi sería inaguantable. Serían simples batallitas de nuestros antepasados y no nos sentiríamos ni ungidos ni motivados para emular tamañas heroicidades.

La provincia nunca descuidó escribir su propia historia. Después del gran historiador del principio, P. Aduarte, al que yo tanto leí en el noviciado de Ocaña, regocijándome con su castellano cervantino, destacaron en este período los PP. Vicente Salazar y Diego Collantes, amén de multitud de misioneros que escribían la historia, las etnias, religiones y la lengua de sus misiones. La Universidad de Santo Tomás cada vez con más facultades era un foco de sabiduría sobre aquel mundo todavía en pañales. Todo esto dirigido desde Europa y en especial desde Roma, que hacía muy lentos todos los pasos.

Un suceso lamentable ocurrió en 1762. El día 15 de agosto de 1761 el rey Carlos III firmaba el pacto de familia borbónico con el Rey de Francia, rompiendo la sabia política de neutralidad seguida por Fernando VI, ligando la suerte de la nación española a los destinos de una Francia corrompida, en guerra con Inglaterra. Entrada España en la guerra, pronto sufrió las consecuencias. Del puerto de Madrás, en la India, zarpó una armada inglesa con rumbo a Filipinas con el objetivo de conquistar por sorpresa la ciudad de Manila. Se componía de seis navíos en línea, cinco fragatas y cuatro embarcaciones de transporte con cinco mil hombres. En efecto, al llegar, conquistaron los pueblos de alrededor de Manila casi sin oposición y entraron en la ciudad por un flanco de la muralla. Por cobardía o traición del oficial suizo Fallet, que estaba encargado de la defensa de la brecha, penetraron sin problemas los ingleses en la ciudad. Los saqueos y destrucciones fueron muy grandes. Retrocedió decenas de años el progreso de la nación filipina. El 3 de julio de 1763 anclaba en la bahía una fragata inglesa con los pliegos del armisticio. En virtud del tratado de paz, firmado en Europa, fueron evacuando los ingleses hasta desaparecer del todo. El gobierno de Manila expulsó como represalia a gran cantidad de chinos porque desde el principio les facilitaron todo a los ingleses. No obstante, pocos años después, los mismos u otros, no se sabe cómo y por donde, ya habían vuelto a sus colonias y barrios de antaño.

Después de estos sucesos, las ideologías liberales preparatorias de la revolución francesa fueron infectando las conciencias. La fuerza del Espíritu que hasta entonces había soplado en abundancia perdió viveza y experiencia. Cada vez venían de España menos barcadas. Con la independencia de Méjico se alargaba el viaje teniendo que bordear el Estrecho de Magallanes o bien por el Cabo de Buena Esperanza. No obstante, en el año 1805 hubo una barcada famosa de cuarenta y cinco religiosos. Este grupo, destinado a guardar las tradiciones y el espíritu de la provincia durante muchos años, llevaba en su seno a futuros, provinciales, obispos y mártires.

Con un número de religiosos que oscilaba entre cien y ciento cincuenta, apenas podía cubrir la Provincia sus amplios apostolados. La

universidad de Santo Tomás y el colegio de Letrán no podían surtir de profesores. Lo mismo sucedía con los ministerios en Filipinas, Vietnam y China. Los dominicos indígenas, sobre todo en Vietnam, ayudaban e iban cogiendo las riendas de muchas tareas. Lo peor era que cundía mucho el desánimo y la decadencia. Los superiores y los capítulos provinciales se desgañaban luchando contra la falta de observancia culpando a la debilidad de unos pobres frailes del bajón espiritual, sin comprender que la realidad iba mucho más profunda y había que tratarla con otros medios. Las ideas políticas que se fraguaban en Europa desconcertaban y dividían a los frailes, creciendo la tendencia a volverse a España. Por eso Carlos IV fijó en el año 1803, por real cédula, el plazo de diez años de servicio en ultramar para que un religioso pudiera volver a la metrópoli. Ahora, el rey tiene que conceder privilegios para que se aliste alguno como misionero. Lo que el amor de Dios y el celo por la salvación de las almas hacían en tiempos pasados ahora tenía que ser alentado por privilegios humanos

Es que por debajo empujaban las ideas liberales, en general muy contrarias a la religión tal como tradicionalmente se venía entendiendo. La acomodación de la Iglesia y el cambio de mentalidad para abordar los nuevos tiempos enfriaban los corazones. Lo que siempre fue seguro ahora se tambaleaba, cosa que valía también para la religión y la fe. Había que crear una nueva teología en la que pudiera comprenderse la mentalidad progresista plasmada en la Constitución de Cádiz de 1812, la primera de España. En esa teología habría que encajar la soberanía del pueblo y no la del Rey por la gracia de Dios; la monarquía constitucional; el sufragio universal masculino directo, la libertad de expresión, de imprenta, el derecho de propiedad y abolición de los señoríos incluidos los eclesiásticos que poseían grandes latifundios, el fin de toda esclavitud y de la represión ideológica. Un mundo nuevo, pensado muy a medias porque los derechos de la mujer y la de los no propietarios no se mencionaban aún en ninguna constitución. Todo este cambio no podía hacerse sin pasar por un período revolucionario.

Las ideas liberales no suprimían a Dios ni eran ateas. De hecho los enciclopedistas franceses fueron deístas. Todavía no había llegado el

ateísmo actual. Sin embargo, los liberales trataban de suprimir a Cristo y a la Iglesia. A esta última la culpaban de todos los males de la historia. Renán gritaba que Jesús de Nazaret no había existido nunca. La actualidad y el prestigio de todas estas ideas subversivas fueron minando y aflojando la fuerza espiritual y la seguridad de las conciencias

La fundación del convento de Ocaña



El maestro general Joaquín Briz vio, con mirada de águila, que la monarquía absoluta de Fernando VII no podría resistir por mucho tiempo el embate de las nuevas ideas y que la revolución no tardaría en suprimir las Órdenes religiosas con lo que, al extinguirse las provincias españolas, la del Rosario se quedaría sin personal. El monarca vio con buenos ojos la propuesta del padre Briz de fundar un noviciado propio en el convento de Ocaña para formar religiosos que después pasasen al Oriente. La provincia del Rosario pagó religiosamente a la de España el valor de los edificios del antiguo convento de la villa de Ocaña, reparó Iglesia, claustros y celdas y compró, para el sustento las haciendas de Almonacid y Torrique, que todavía me sustentaron a mí. La Providencia bendijo este convento, cada vez más glorioso, en el que fueron amamantados escogidos obispos, misioneros, profesores, fundadores y mártires, de los cuales hay cinco canonizados, siendo al final cuna de la restauración de la Orden en España.

En efecto el año 1835 se decretó la desamortización de todos los bienes de la Iglesia y la supresión de todas las Órdenes religiosas y conventos, excepto las dedicadas a la pública beneficencia y a las misiones de Filipinas. Los políticos sabían que los religiosos y misioneros eran imprescindibles para preservar las pocas colonias que le quedaban a

España, entre ellas, Filipinas, Cuba y Puerto Rico. En muchos aspectos estas decisiones fueron un desastre y expoliaron miles de tesoros artísticos que nadie preservó. Todo ello a cambio de nada porque lo robado a la Iglesia, sobre todo en terrenos, pasó a manos de latifundistas y grandes terratenientes que no hicieron nada en beneficio del pueblo.

Ocaña comenzó pronto a enviar religiosos a Filipinas desde donde eran redistribuidos. Al cabo de unos treinta años, ya suavizadas las cosas en España, la Provincia ayudó a la restauración de la provincia de España sustentando económicamente la puesta a punto del convento de Corias. De este modo, hacia el año 1860 comenzó la implantación de las exclaustradas provincias ibéricas. La nuestra fundó también la casa de la Pasión en Madrid, como procuración y para instalar diversas oficinas necesarias para arreglar los papeles de los misioneros que viajaran a Oriente. El Gobierno, tratándose de Filipinas, no le puso inconvenientes. Por esos mismos años la Provincia pudo hacerse con el antiguo convento de Santo Tomás de Ávila, al que hubo que renovar casi desde los cimientos. Lo dedicó igualmente a la formación de misioneros para el Oriente. Para terminar, la provincia se vio agraciada por el regalo de una casa en Roma en la céntrica calle de Via Condotti. Al extinguirse la rama trinitaria que la habitaba fue jurídicamente traspasada a nuestra provincia el 31 de mayo de 1895 por deseo expreso del último morador P. Martín y Bienes. Esta casa sirvió y sigue sirviendo en la actualidad para la formación de multitud de jóvenes misioneros en las facultades y colegios romanos.



La mejor noticia de este período fue la beatificación del primero de los dos grupos de mártires japoneses de principios del siglo XVII. La causa ya se había introducido dos siglos antes pero, con la erradicación del cristianismo en Japón, todo se enfrió. Pio IX, accediendo a los ruegos de los postuladores, concedió que se introdujese de nuevo una causa que había sido calificada, en su tiempo, como celeberrima por Benedicto XIV.

El procedimiento resultó ágil porque ya estaba casi todo hecho desde hacía doscientos años. El Señor reservó esta alegría a la provincia para tiempos tan calamitosos como los del siglo XIX, siglo que a la postre resultó ser brillantísimo como veremos. El caso es que el 7 de julio de 1867, Pio IX elevó, con las ceremonias y fiestas acostumbradas, al honor de los altares a un grupo de nuestros mártires compuesto de religiosos, terciarios y cofrades del Rosario. La fiesta, según el decreto de beatificación, se celebraría el 10 de Septiembre, la cual está presidida, por el riojano Beato Alfonso Navarrete. Este fue el primer escuadrón de nuestro glorioso ejército de mártires que han alcanzado hasta ahora los honores del culto público.

Un testimonio dice: *De los cincuenta y siete, treinta y dos fueron degollados, estando de rodillas y con las manos puestas en oración. Una vez que hubieron acabado con ellos, trataron de terminar con los demás mediante el suplicio del fuego lento. Fue lentísimo porque la leña estaba muy húmeda. Muchos murieron asfixiados por el humo y el calor, teniendo los verdugos que encender cada poco el fuego. Más de una hora duró este tormento. Algunos parecía agonizando pero otros con el sentido todo entero, aunque todos revestidos de extraordinaria fortaleza...*

Misiones en China, Japón y Formosa

Con la fundación del convento de Ocaña y más tarde el de Ávila la Provincia se fue surtiendo de personal. En el año 1880 tenía más miembros que nunca. En Oriente ciento noventa y cuatro religiosos: treinta y dos en la universidad y colegios, sesenta y siete en los ministerios parroquiales, veinte en la misiones de Filipinas, cuarenta y uno en las de Asia, v

einticuatro hermanos cooperadores y diez imposibilitados. España estaba en pleno florecimiento de vocaciones. En los conventos de Ocaña y Ávila residían veinte sacerdotes, ciento treinta estudiantes, veinticuatro novicios, cincuenta y cinco hermanos cooperadores y dieciocho postulantes.

Misiones en China.

Todo este personal estaba repartido por las diversas misiones, que iban cambiando de estilo. Las de China ya no eran las de antes. Las grandes potencias europeas durante el siglo XIX y principios del veinte impusieron condiciones nuevas. La guerra del opio entre Inglaterra y China terminó con las antiguas formas de comportamiento del emperador y mandarines. Los ingleses mejor armados y más disciplinados derrotaron duramente a las huestes del emperador. Se acabaron los mártires. El tratado de Nankín en 1842 imponía a China abrir al comercio mundial varios puertos entre ellos Cantón, Amoy, Foochow, Shanghai en alguno de los cuales trabajaban nuestros misioneros, ceder a Inglaterra el islote de Hongkong y más tarde los nuevos territorios, dar una compensación por el opio destruido y pagar fuertes sumas. A esto se añadieron las presiones de Francia y de EE UU con lo que la libertad de los misioneros estaba salvaguardada. El emperador Taokuan se vio obligado a devolver en 1846 todas las iglesias que habían sido requisadas por los anteriores emperadores.

Los misioneros se dedicaron a reedificar y a montar grandes escuelas y orfanatos. Y en especial las santas infancias de niñas que se contaban por millares las abandonadas, casi siempre al cargo de religiosas que llegaron para ayudar en esta tarea. El estilo de misionar cambió mucho. Ya no era la predicación viva y directa de antes, sino a base de obras e instituciones muy laudables pero que rebajaron mucho el don. Cristiandades como la de Amoy no llegaron nunca a alcanzar un notable grado de florecimiento en todo este largo período.

Durante el siglo XIX y principios del XX el esfuerzo de los misioneros fue muy grande pero se vio neutralizado por continuas guerras, calamidades climatológicas y el odio a lo extranjero. Las potencias habían impuesto su poderío pero el pueblo no lo había asimilado. Se trabajó mucho en fundar seminarios y promover la formación del clero nativo. No hubo mártires al estilo antiguo pero sí grandes personajes, muchos de los cuales merecían un libro para ellos solos.

En 1911 se proclamó la república por las fuerzas nacionalistas del Kuomintang, partido antimonárquico. Su intención era liberar el país de la dominación extranjera. Su líder fue Chiang Kai-chek. Contra ellos surgieron los comunistas dirigidos por Mao Tse Tung. Durante la segunda guerra mundial, ambas facciones se unieron para luchar contra Japón. En 1947, a los dos años de terminar la guerra, las fuerzas comunistas lanzaron una gran ofensiva y lograron expulsar al ejército nacionalista que se refugió en Formosa. Mao instauró entonces la gran revolución cultural, al estilo bolchevique, revolución proletaria, antiburguesa, y atea. Este movimiento terminó con todas las ideologías tradicionales, usos y costumbres de China. Furiosamente antirreligiosa, expulsó del país a todos los misioneros con lo cual, por el momento, se terminaron todas las actividades de la Provincia allí. Actualmente, todavía bajo el comunismo, hay muchos intentos de restauración que comienzan a cosechar sus frutos.

Restauración de la misión de Formosa

Varias veces había intentado la Provincia reabrir las misiones de Formosa, ahora llamada Taiwán. No tuvieron éxito. En 1859 fondearon en la punta sur de la isla los padres Bofurull y Fernando Sainz. Vagaron cierto tiempo sin encontrar residencia. Al final dieron en la cárcel por la acusación de intentar apoderarse de Formosa. El P. Angel Bofurull, agotado por las molestias de la prisión, se volvió a Amoy. Por el contrario, el animoso padre Sainz, en medio de suma pobreza, dedicó mucho tiempo al aprendizaje del chino. Más tarde disfrazado de peón, se dirigió hacia Tainam para explorar el terreno y abrir una casa-misión.

La isla de Formosa tiene 36. 000 kilómetros cuadrados, el doble de la provincia de León y está actualmente habitada por unos 24 millones de habitantes. Su densidad de población es altísima. En tiempos de la misión difícilmente llegaba al millón de habitantes. Todo este vasto terreno le fue asignado por “Propaganda fide” a la Provincia. No había ningún otro misionero. El P. Sainz pudo edificar una casita de paja en Chengkim y después de convertir a varios catecúmenos se embarcó para Manila para

dar cuenta y pedir refuerzos. Al poco tiempo estaba de vuelta en lo que él llamaba su humilde choza. Fueron llegando nuevos misioneros. En 1861 el Padre Sainz fue nombrado Vicario provincial de Formosa.

No voy a relatar la creación y extinción de muchas cristiandades ni los esforzados trabajos de muchos misioneros ni las vicisitudes de las ocupaciones militares chinas o japonesas a las que se ha visto sometida la isla. Simplemente quiero decir que se trabaja y se ha trabajado mucho a la manera que hemos visto en China. El anuncio de Jesucristo rubricado con la sangre de los mártires ha sido sustituido por una pastoral de obras y predicación indirecta, en parroquias, colegios, hospitales, orfanatorios y otras instituciones donde, a veces, por imposición de los gobiernos no se podían anunciar los misterios cristianos.

La llegada de las monjas dominicas en 1903 complementó con su apostolados femenino y sigue haciéndolo hasta el día de hoy, la labor de los padres misioneros. Orfanatos, hospitales y colegios las han visto trabajar y entregarse con denuedo. El colegio de la Beata Imelda en Taipei, fundado en 1917, ha sido uno de los más representativos en la educación femenina de la isla. También existen actualmente las monjas dominicas contemplativas. Mirando estadísticamente la labor de los misioneros podemos decir que, al comenzar el siglo XX, había unos dos mil cristianos y, al comienzo de la guerra del Pacífico en el año 1940, unos 10.000. Actualmente se sigue trabajando instituyéndose en 1978 un vicariato para los dominicos chinos bajo el nombre de Reina de China.

Restauración de la misión en Japón



A pesar de la desaparición del cristianismo en Japón, en algunos pueblos remotos se conservó una pequeña organización con un mizukata que bautizaba a los niños y un chokata que era el liturgista, cuidando del calendario y las fiestas. En cada comunidad había un jefatura que heredaban los hijos. Esta "Iglesia de las Catacumbas" rezaba el rosario y hacía sus liturgias en los hogares y en lugares secretos. Las imágenes

cristianas se iban pareciendo cada vez más a Buda y las plegarias ya no las entendían porque conservaban sin traducir palabras en latín, portugués y español. La Biblia apenas se usaba porque al ser confiscadas perdieron la tradición. Debido a la expulsión de los sacerdotes, la dirección de los cristianos quedó en manos de laicos que enseñaban a los nuevos cristianos.

Después de algo más de dos siglos se permitió de nuevo la entrada a la Iglesia. En 1865 se construyó una iglesia en Nagasaki. La sorpresa es que se fueron presentando gentes de varios sitios reclamando un puesto en esa comunidad porque ellos, aunque cristianos clandestinos, habían mantenido la fe. Los misioneros supieron que había cerca de 30.000 cristianos en la región. Como había mucho paganismo entre ellos fue difícil el ensamblaje y, por ello, muchos no aceptaron el nuevo cristianismo y se fueron aunque manteniendo sus prácticas sincretistas.

Al darse esta libertad, el consejo de la Provincia Ntra. Señora del Rosario aprobó oficialmente la restauración de la misión de Japón. La noticia de los cristianos ocultos alegró a todo el mundo. La beatificación de 205 Beatos Mártires de Japón, en 1867, fue un estímulo más en este nuevo intento de reorganizar la misión. Las esperanzas se hicieron realidad en 1904, cuando la Provincia tomó como territorio de trabajo la isla de Shikoku. Desde este punto arranca una presencia evangelizadora mantenida sin interrupción desde entonces.

La evangelización se llevaba a cabo en casas o lugares habilitados para dar charlas o conferencias religiosas "cuartos de doctrina", centros permanentes de enseñanza, que eran visitados regularmente por el misionero o catequista. Una presencia que se extendía asimismo a diversos niveles de ayuda social. Las visitas canónicas del P. Paredes en 1912 y 1913 dieron un giro completamente nuevo a la misión de Shikoku. A consecuencia de ellas y por mandato del mismo P. Provincial se construyeron amplias e importantes iglesias así como la gran Casa de la Vicaria en Kochi, exentas del Ordinario, que fueron el verdadero centro de evangelización posteriormente.

El final de la Segunda Guerra Mundial trajo importantes cambios al Vicariato. Por una parte, llegan otras congregaciones a la isla de Shikoku, y la Provincia asume únicamente la Prefectura de Ehime. Por otra parte, el fin de la guerra trajo un acercamiento del pueblo a la religión, por lo que se produjo un aumento notable de actividad apostólica y una actividad

febril de restauración de iglesias y creación de nuevas instituciones, que podemos esquematizar del siguiente modo:

En 1953 se fundó el colegio Aiko que marcó desde sus comienzos un nivel de formación y cultura de lo más alto y depurado. Su éxito estriba en su ininterrumpido desarrollo y en la formación integral que se ofrece a los estudiantes.

En 1963 finaliza el tiempo de Shikoku como Prefectura Apostólica y pasa a ser diócesis, con su primer obispo Sr. D. Francisco Javier Eikichi Tanaka, terciario dominico. Si hemos de presentar una característica de este período sería la de la estabilización de las iglesias en distintos niveles. Coincide en este tiempo la separación de la autoridad eclesiástica de la religiosa en Shikoku. Aquí se inicia una época de intensa actividad. Los dispensarios de pobres en Kochi y Matsuyama, la escuela de catequistas de Kochi, la misión de Takamatsu, la iglesia y casa de Matsuyama, el colegio de "Bizenjogakko" en la misma ciudad de Matsuyama, con que las religiosas dominicas comienzan su labor en Japón. Ellas son un capítulo imprescindible en la historia de nuestra misión y no podemos menos de hacer una mención especial a su trabajo y colaboración. Hoy día su desarrollo les ha llevado más allá de los límites de Shikoku y en cifras numéricas han superado todas las previsiones imaginables.

Importante es también la expansión de la Vicaría más allá de los límites de Shikoku. La fundación de una casa en Tokyo, en 1959, con residencia de estudiantes universitarios, y la fundación de la casa de Nishinomiya (area de Osaka), en 1989, supone un paso más en la idea dominicana de llevar el mensaje evangélico a niveles más académicos. La preparación superior de los PP. Jóvenes y su presencia en las aulas universitarias están dando una configuración más auténticamente dominicana y una calificación adecuada para el momento que atraviesa la sociedad japonesa.

La era de los mártires en Vietnam



En el año 1836 el emperador Minh Menh expidió un decreto por el que ordenaba la ejecución de los europeos que predicaran la religión prohibida y de los nativos que la profesaran. Pese a la inicial incuria de los mandarines regionales, la furia de Minh Menh les obligó a tomárselo en serio so pena de ser ellos mismos incursores en el castigo. Los obispos Delgado y Henares, fueron hechos prisioneros y paseados por los poblados en son de triunfo y befa en las estrecheces de una jaula. Más tarde les cortaron la cabeza y las lanzaron al río donde no tardaron en ser descubiertas y recuperadas por pescadores cristianos. Igualmente le sucedió al anciano dominico indígena Vicente Yen que había sido atrapado después de una fuga penosísima.

Los padres Hermosilla y Jimeno andaban ocultos por el mar en frágiles barquichuelas de los cristianos. El emperador llegó a ofrecer mil taeles al que prendiese al padre Hermosilla, pero protegidos ambos visiblemente por la Providencia pudieron huir a otra región. Mientras unos misioneros caían bajo la cuchilla o vagaban errantes, los seminaristas y los terciarios dominicos habían tenido que huir cada cual donde pudo. También desaparecieron durante el curso de la persecución los ornamentos y vasos sagrados, los libros litúrgicos y documentos de importancia.

Por disposición de Gregorio XVI fueron nombrados obispos el P. Hermosilla y el P. Jimeno, los dos únicos misioneros españoles que quedaban. El obispo francés Andrés Retord debería ordenarlos. Después de mil peripecias logró acceder al escondite del P. Hermosilla y ordenarlo de obispo. El día 25 de abril de 1841, el P. Hermosilla, a su vez, después de peripecias más dignas de la leyenda que de la historia, pudo ordenar a su coadjutor P. Jimeno. Poco antes de estos acontecimientos había muerto el cruel Minh Menh y le sucedió su hijo Thieu-Tri que se dedicó a pasárselo

bien sin preocuparse mucho de los cristianos pero tampoco de sacarlos de la cárcel. No obstante, las misiones resurgieron más brías que nunca. Se recibió nuevo personal de Manila y se intensificó la preparación de seminaristas indígenas. Todo era tan precario que los seminarios y colegios estaban hechos de caña, barro y nipa para montarlos y desmontarlos en caso de necesidad a gran velocidad.

Como entre los prisioneros había muchos franceses, dos buques de guerra de esa nación fondearon en la rada de Turane. El monarca tonquino envió un enjambre de pequeñas embarcaciones cargadas de combustible contra ellos, pero los cañones de los buques terminaron pronto con ellas. Esto obligó al rey a liberar muchos presos. La venganza surgió cuando al poco tiempo una gran tormenta estrelló los buques franceses contra unos arrecifes. Cuando comenzaba a arreciar la nueva oleada anticristiana murió Thieu-Tri. Le sucedió su hijo Tu-Duc, el cual al principio dio señales de tolerancia religiosa.

En el año 1857, Tu-Duc expidió un decreto persecutorio que excedía en vehemencia los de sus antepasados. Los mandarines no ejecutaron al principio las órdenes del rey por las malas cosechas pero al final no tuvieron más remedio que lanzarse a ello. El primero que cayó fue el obispo Sanjurjo, natural de Lugo, que fue encarcelado y poco después decapitado. Antes de morir este prelado ya habían sido derruidas sus bellas iglesias de Bui-Chu, Luc-Thuy y Phu-Nhai, el hospicio de la Santa Infancia, un beaterio y los colegios de los seminaristas. Al año siguiente, le tocó la suerte al ilustrísimo Sr. Sampedro. Antes de caer en prisión pudo, no obstante, ordenar como obispo sucesor al religioso Berrio-Ochoa, sacerdote ejemplar y animado por el celo de la salvación de las almas. El martirio del asturiano Sampedro fue el más cruel de todos los del Vietnam. Atado de pies y manos a cuatro estacas clavadas en el suelo le fueron cercenadas lentamente, tras repetidos golpes, los brazos y las piernas con hachas de filo embotado. Al fin, un quinto verdugo separó la cabeza del tronco por el mismo procedimiento. Este martirio le ha valido para ser el primer santo canonizado de Asturias.

El año 1859 la Provincia perdió a nueve sacerdotes vietnamitas. El P. Khan, fue echado a un elefante que le lanzó por los aires con su poderosa trompa, rematándole en el suelo el verdugo. Lo mismo le sucedió al P. Thao que había visto lo que le ocurrió al anterior. Después murió el P. Juan Tu y Pedro Cuyen, el cual no cesó de abrazar una cruz que él mismo había fabricado en la cárcel, hasta que el verdugo le cercenó la cabeza. Excusado es decir que los Padres dominicos españoles e indígenas fueron los capitanes de un verdadero ejército de mártires pertenecientes al clero secular, a la Orden tercera, a la Cofradía del Rosario y a una verdadera multitud de los que no se guarda memoria nominal.

Los obispos Hermosilla y Berrio-Ochoa y el P. Almató se encontraban de continuo en barcas de pescadores vagando de una a otra por las aguas que fluyen por los alrededores de Hai-Duong. En un momento dado quisieron juntarse para verse un rato y fueron delatados por dos jóvenes apóstatas. Monseñor Berrio-Ochoa nos describe algo de la persecución de esta manera: *Los mandarines de los tonquines sembraron los caminos públicos de cruces y de imágenes de Jesús crucificado, poniendo centinelas que observasen a los viajeros al pasar por los puntos donde estaban colocadas las cruces. El que al ver el signo de nuestra redención se detenía o cambiaba de rumbo, ya daba suficiente testimonio de la fe que profesaba, y a los centinelas no les quedaba duda de que, quien tal veneración mostraba hacia la imagen de Jesús, reconocía a este Señor por su Dios.*

Se echa, pues, sobre él y lo presenta a los mandarines y ceba su furor en la mansedumbre del discípulo de la cruz, causándole gravísimas molestias. Y he aquí la causa porque muchísimos cristianos necesitados a buscar alimentos en otros pueblos, se encierran en el recinto de sus pueblos, experimentando los horrores del hambre y de la miseria, por no ver comprometida su fe y exponerse al peligro de negar a Jesús ante los hombres.

No para aquí el odio de estos mandarines contra el Crucificado. Han inventado otros nuevos modos de despreciar a nuestro divino Salvador: han colgado las cruces a la inversa en la proa, en el timón y en los palos de

los barquichuelos pescantes, sin distinción de cristianos y de gentiles; y cuando el gran mandarín sube y baja por los ríos, allí ve la imagen de Aquél, en cuyo nombre toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra, en el abismo (Flp 2, 10), convertida en el objeto más vil y tratada con el mayor escarnio y vituperio.



S. VALENTINO DE BERRIO OCHOA, 1827-1861
1 novembre: martirio e rescossa

El Sr Hermosilla, el Sr Berri-Ochoa y el P. Almató murieron degollados por la fe el día 1 de Noviembre de 1861. Ya no quedaba nadie en la misión. Mientras tanto los cristianos, en número de treinta mil gemían en las cárceles o, despojados de sus bienes, emprendían el camino del destierro, implorando la caridad ajena. El gobernador de Nam-Dinh redobló su rigor contra ellos: a unos los dejó morir de hambre en los calabozos, a otros los condenó a la hoguera; muchos finalmente fueron arrojados a los ríos o despedazados a golpe de catana. La Provincia, al enterarse de toda esta historia, celebró solemnes Tedeums en la catedral de Manila y grandes fiestas en todos los lugares, en especial en Ocaña, de cuyo convento eran hijos varios de los últimos mártires. Ciento diecisiete de ellos fueron canonizados por Juan Pablo II el 18 de junio de 1988, celebrándose su fiesta el 24 de Noviembre. El titular a nivel litúrgico, para enfatizar a los mártires de la propia región es Andrés Dung-Lag y compañeros mártires. Entre estos hay noventa y seis vietnamitas, once españoles y diez franceses.

San Valentín de Berri-Ochoa, el primer santo de Vizcaya, es el más conocido, porque escribió muchas cartas y nos da muchas noticias del Vietnam de entonces. Pongo aquí una a su madre por la simpatía y el cariño que demuestra. El original de la carta está en vascuence, como todas las dirigidas a su madre. Pero para que no se sorprenda de los posibles errores en la lengua materna, que no practica, se lo dice graciosamente en un castellano con construcción vizcaína, que

respetamos íntegramente para que el lector saboree este rasgo lleno de ternura de todo un señor Obispo y mártir a su madre.

115 A su madre

Mi querida madrecita y nuestra viejecita vivaracha: ¿Vive usted todavía o salió de este mundo? No me falta el deseo de ver la letra enfadada de mi madre; hace ya año y medio que no tengo noticia de mi madre. ¿Está usted enfadada conmigo, o somos amigos?



Debemos dejar a un lado todos los enfados para ser amigos de la Virgen María.

Por mi parte, a lo menos, amo a mi madrecita, y aunque son frías mis oraciones, ante Dios suelo tener presente a nuestra animosa viejecita, y he pedido a la Virgen María que la libre de todos los peligros, no la deje caer en el pecado y le dé una buena muerte para ver la hermosa cara de Dios en el cielo por todos los siglos. Amén. Se ha concluido el sermón.

Madrecita, cuando nos veamos en el cielo, tendremos que hablar en castellano, porque el vascuence se me va olvidando ya.

«Allí hablar castellano, madre; no puede vascuence, y así, con soldados, aprender castellano es necesario. Usted, madre, ahora vieja, difícil aprender castellano, yo creer y mucho doler cabeza. Pero ahora no aprender y después el madre hablar no puede a la hijo en cielo. ¿Entender, madre, o no entender?»¹

Yo ando con agilidad y con salud. Hace más de año y medio que estoy en una misma casa, y este hermoso palacio tiene tejado de paja, pared de adobes de boñiga, postes de caña, cuarterones y cabrios de caña, puertas de caña. No tiene más que un suelo y este es de tierra. En este gran palacio vivo mejor que la reina en el suyo.

«Por eso no tener cuidado, madre. El hijo bien vivir; yo no tener envidia del reina.»

Ha oscurecido y por esto basta por hoy. Conque vivir bien, madre. No hay que dejar caer de la mano aquel rosario de cuentas gordas y rogar mucho por su único hijito.

Recuerdos a todos mis parientes y a todos los señores sacerdotes. Yo ser su humilde hijo.

Fr. Valentín.

Misioneras de Santo Domingo

En Manila, donde la Orden estaba asentada, ya existían beaterios que querían vivir el carisma femenino de la Orden. Se trataba de terciarias dominicas que deseaban vivir su vida en común bajo una regla y con votos, unas veces al estilo contemplativo y otras de vida activa. La fundación del primer beaterio se remonta al año 1696. Una calle de Manila todavía recuerda el lugar. En el siglo XIX se abrieron a la educación de las chicas. Para ello vinieron religiosas de varios conventos de España reforzando así al personal existente en Manila. Desde China, los misioneros urgían el envío de mujeres que viviendo en comunidad atendieran el pavoroso problema de las niñas abandonadas. Desde Manila no era posible atender a todas las demandas.

Una piadosa señora llamada Valentina, con bienes suficientes, quería fundar un colegio de niñas en Ocaña bajo la protección del convento de los dominicos. Al requerimiento de éstos acudieron un grupo de religiosas dominicas de la calle de Jarauta en Pamplona. Los dominicos pronto les dieron la impronta misionera que les caracterizaba a ellos. Por eso la nueva fundación sería independiente y con noviciado propio. Vinieron trece, la mayor de 29 años y la más pequeña de 18. Todas navarras y guipuzcoanas. En el primer año, tres murieron de infecciones, motivadas al parecer por la malnutrición.

En abril de 1891 estas religiosas se incorporaron oficialmente a la Provincia del Rosario. Desde ese momento era el Provincial el que asignaba a las religiosas y decidía las que habían de ir a las misiones de Oriente. Al mismo tiempo la provincia cargaba con la cuestión económica. De esta manera nacía una congregación religiosa esencialmente misionera en el seno materno de una provincia esencialmente misionera. El destino de ambas instituciones era el Extremo Oriente y así se ha venido realizando hasta el día de hoy. La provincia había cedido a las nuevas hijas una residencia que fue adaptada para colegio y noviciado en la madrileña calle de D. Ramón de la Cruz, 4. Desde entonces se organizó el colegio y el noviciado y comenzaron a ser enviadas al extremo Oriente muchas religiosas. En octubre de 1895 ya salían para Manila cuatro de ellas. Estas extendieron su apostolado, siempre cerca de los frailes, no sólo como ayuda sino que iniciaron otros por cuenta propia en la línea de la educación y de la atención sanitaria. En el año 1933, ya madura la congregación y a instancias del nuevo Derecho Canónico las religiosas estrenaron autonomía separándose jurídica no afectiva ni pastoralmente de la Provincia.

Actualmente están abriendo nuevas misiones. Desde 1984, están **en Corea del Sur**, donde hoy día tienen un grupo de 50 hermanas profesas. En el año 2001 recomenzaron en **China continental**. Más tarde en **Tailandia**, actualmente con cinco casas. También en **Camboya**, atendiendo a 11 pueblecitos pequeños, donde han establecido cuatro parvularios. En **Birmania** con una casa para la formación en Yangon. Finalmente en **Vietnam** donde tienen actualmente 9 aspirantes y 8 postulantes.

Independencia de Filipinas

Como en todas partes, las ideas liberales, sectarias y masónicas se coaligaron en Filipinas contra la Iglesia y contra todo lo tradicional. De ahí salieron los intentos revolucionarios que acabaron liberando a Filipinas de los españoles para caer en las de los americanos. El

Katipunan, una famosa sociedad secreta, tenía por objeto excitar el sentimiento nacional y trabajar por la liberación de la raza filipina de la tiranía de España y del despotismo religioso. Poco a poco la mentalidad se hizo común y surgieron rebeliones por todas partes.

Por si esto fuera poco en abril de 1896 el Congreso americano declaró la guerra a España atacando a Filipinas con una poderosa escuadra. En un principio apoyaron a los insurrectos filipinos, sobre todo tagalos, que desvalijaron todas las misiones y todos los lugares de culto, expulsando a los misioneros en el mejor de los casos, porque otros sufrieron lo indecible y algunos murieron. Gran parte de los religiosos y patriotas españoles huyeron en buques preparados al efecto. La guerra entre filipinos y americanos fue relámpago. El 11 de diciembre de 1899 se firmaba en un buque de guerra americano el acta de capitulación según la cual Filipinas quedaba bajo dominio americano. Seguidamente estos extendían el decreto de libertad para todos los religiosos.

En el año 1906 la Provincia renunció en absoluto a todas las parroquias que había regentado en tiempos anteriores en todas las islas. Sin embargo, en años sucesivos, se admitieron temporalmente algunos ministerios, a ruegos de los pueblos o por súplicas de las autoridades eclesiásticas. La inquina, no del pueblo, sino de las élites sectarias, seguía revolviéndose contra todo lo español, como un resorte inconsciente siendo así que los que los estaban dominando eran los americanos. A estos llegaron a considerarlos como liberadores cuando ya eran libres porque España ya se había ido.

Los americanos con su callada labor de zapa consiguieron cambiar la lengua, al menos en la educación, intentando también otras transformaciones culturales para hacer de Filipinas un pueblo sajón, pero en algunos aspectos como en el religioso, fracasaron. Por otra parte, dieron bastantes libertades aunque nuestros padres sufrieron mucho pero más bien por los ataques de las élites sectarias filipinas. Una de las instituciones que más embates tuvo que soportar fue la Universidad de Santo Tomás, la primera de Asia, que intentaron

nacionalizar apoderándose de los terrenos. Las últimas grandes efemérides que se celebraron en ella fueron las fiestas del tricentenario en 1911.

Cansada la Provincia de tanta intriga trasladó toda la Universidad a unos terrenos nuevos recién comprados en Sulucan. Aparte de eso, los vetustos edificios de intramuros resultaban estrechos e insuficientes para los nuevos tiempos. El P. Ruaño diseñó los planos de la nueva Universidad, que seguiría con el nombre inicial de Santo Tomás. Las obras se iniciaron en 1922 y se terminaron el 27. Todavía hoy se puede admirar y calibrar el soberbio complejo de edificios que se levantaron. Desde entonces no ha hecho más que crecer, albergando hoy a varias decenas de miles de estudiantes.

La guerra del Pacífico, colateral de la segunda mundial, comenzó el 8 de diciembre de 1941 y se refirió, sobre todo a Japón contra EE.UU. En esas mismas navidades fueron bombardeados por los japoneses varios edificios de la Provincia en Manila. Santo Domingo ardió casi completamente, menos el seguro de cemento armado donde estaba la Virgen del Rosario. El ejército japonés ya adueñado de la ciudad transformó en campo de concentración los edificios de la Universidad. Aquí estaban encerrados muchos de nuestros padres dominicos y otros muchos europeos esperando la liberación. Más tarde comenzó el bombardeo contrario. Los americanos la bombardearon para recuperarla. Tres años permanecieron los japoneses en Filipinas.

Pasados estos inexplicables acontecimientos la Provincia siguió con una presencia fuerte en Filipinas enfatizando, sobre todo, el reclutamiento y formación de vocaciones autóctonas. Con ello se llegó el 8 de diciembre de 1971 a la formación de una provincia propia que actualmente representa a la Orden en todas las islas.

Personajes destacados

En este apartado quiero reunir a varias figuras de dominicos célebres configurados por la revolución y el duro contraste de ideas y actitudes en Filipinas durante la época reseñada. Citaré a unos pocos cuya influencia superó con mucho los confines de la Provincia pasando a ser figuras eclesiales, por sus cargos, por su ciencia y algunos hasta por su política.

P. Ramón Zubieta



Es fundador de una gran congregación de dominicas que trabajan duramente en la selva del Perú. Nació en 1864 en Arguedas, pueblo de la Provincia de Navarra y es hijo del convento de Ocaña. Al quedar libres muchos misioneros porque la revolución filipina les echó de sus pueblos donde misionaban, la Congregación de Propaganda Fide encargó a la Provincia abrir misión en *La Prefectura apostólica de Santo Domingo del Urubamba y Madre de Dios*, en Perú. En el año 1902 tomó la Provincia posesión de su nuevo territorio misional. El P. Payá, provincial, lo aceptó y escogió al P. Ramón Zubieta para que fuera el primer prefecto apostólico nombrado después obispo. Con dos compañeros más se fue para allá donde trabajaron muchos años con dureza. Fundó en 1919 a las *Misioneras dominicas del Santísimo Rosario* que tan arduamente trabajan hasta el día de hoy en ese Vicariato y en otros lugares. Falleció inesperadamente el 21 de diciembre de 1921, con 57 años.

P. Ramón Martínez Vigil



Cuando hacemos una visita a la Virgen de Covadonga, al doblar las últimas curvas, vemos una gran basílica enhiesta sobre la roca. Allí es donde se celebra ahora, que es visitada por millares de

personas cada día, gran parte de los cultos porque en la cueva no hay espacio para ello. Todo esto lo previó el P. Vigil. Asturiano, hijo del convento de Ocaña. Le destinaron a Manila y allí llegó a ser rector de la Universidad de Santo Tomás. A causa de la revolución regresó a España y fue nombrado casi de inmediato obispo de Oviedo. A él se debe la gran basílica y el Seminario mayor de Oviedo. Falleció en 1904.

Fray Zeferino González



Asturiano e hijo igualmente del convento de Ocaña. Regresó de Manila y fue nombrado obispo de Córdoba y después arzobispo de Sevilla y terminó de primado de las Españas en la sede de Toledo donde alcanzó el cardenalato. En Toledo se enfrentó con la mafia clerical dimitiendo al final de su cargo. Brilló también en las controversias contra los ideólogos de su época. Gran filósofo y escritor de varios libros. Una Historia de la Filosofía en tres tomos fue la obra que más fama le otorgó. Fue nombrado miembro de la real academia de la lengua. Murió en 1894.

Fray José Cueto

Santanderino. Ingresó en Ocaña en 1856 a los 17 años. Como a tantos otros le mandaron de misionero a Filipinas pero tuvo que volverse, siendo después Prior de Ocaña y obispo de Canarias. En esa época solo había un obispado en las islas. Está introducida su causa de beatificación. Sus 17 años de obispado aún se recuerdan como los años de mayor caridad, atención a presos y necesitados, y obras sociales de todas clases. Fundó, a principios del siglo XX, la congregación de "Dominicas misioneras de la Sagrada familia" vulgarmente llamadas Las Canarias. Murió en 1908.



Fr. Bernardino Nozaleda y Villa

Asturiano e hijo también del convento de Ocaña. Fue el último arzobispo español que administró la Mitra de Manila, hasta el año 1902. Fueron sus últimos años de ejercicio del arzobispado de Manila extremadamente duros. Lo que más le hizo sufrir fue la guerra de Los americanos contra los filipinos donde hubo centeneras de miles de muertos. Los últimos años de su estancia en Manila tuvo que sufrir toda clase de acusaciones, de las que tuvo que defenderse con vigor. Fue a Filipinas en el año 1873. En la Universidad de Santo Tomás de Manila, se doctoró en Filosofía y Derecho Canónico. Fue catedrático de esta Universidad, prior del convento de Santo Domingo de Manila y rector del Colegio de San Juan de Letrán de la misma ciudad. Fue nombrado Arzobispo de Manila en el año 1889. Gestionó la repatriación de miles de españoles y fue un gran defensor de la fe católica “combatida por masones, liberales y renegados”. En septiembre de 1900 se trasladó a Roma para presentar la renuncia al arzobispado, pero el Papa no se la admitió hasta febrero de 1902, fecha en la que regresó a España.



Fue a Filipinas en el año 1873. En la Universidad de Santo Tomás de Manila, se doctoró en Filosofía y Derecho Canónico. Fue catedrático de esta Universidad, prior del convento de Santo Domingo de Manila y rector del Colegio de San Juan de Letrán de la misma ciudad. Fue nombrado Arzobispo de Manila en el año 1889. Gestionó la repatriación de miles de españoles y fue un gran defensor de la fe católica “combatida por masones, liberales y renegados”. En septiembre de 1900 se trasladó a Roma para presentar la renuncia al arzobispado, pero el Papa no se la admitió hasta febrero de 1902, fecha en la que regresó a España.

En 1903 Antonio Maura sometió a la firma del rey un decreto nombrándolo arzobispo de Valencia; ante este hecho, la prensa de tendencia liberal y republicana (*El País, El Liberal, El Imparcial, Heraldo de Madrid, El Globo, Diario Universal, La Correspondencia Militar* y otros de provincias) desencadenó una campaña (el caso Nozaleda) contra el dominico asturiano. Las principales acusaciones que obraban en su contra eran la de traidor a la Patria; vesánico, por aconsejar al general Polavieja para que fusilase al poeta Rizal y otros filipinos; por sus contactos con las fuerzas norteamericanas en el bloqueo de Manila y negociar con el almirante Dewey la entrega de la plaza, y por recibir con alegría a los vencedores y negar la ciudadanía española. Todo este cúmulo de imputaciones, a las que él respondió presentando querrela contra los responsables de las mismas, provocó la renuncia del Gobierno a su nombramiento. En sus últimos días el Vaticano le concedió el título de arzobispo de Petra, con residencia en el convento del Rosario de Madrid, donde falleció el 12 de octubre de 1927.

Fr. Buenaventura García de Paredes

Fray Buenaventura García Paredes nació y fue bautizado el 19 de abril de 1866 en Castañedo de Valdés, Luarca (Asturias). En la niñez pastoreó las ovejas de su padre. Tomó el hábito en Ocaña. Cumplido el tercer año de teología lo enviaron a la Universidad de Salamanca a cursar Derecho Civil, que luego continuó, junto con Filosofía y Letras, en las Universidades de Valencia y Madrid. En 1899 fue destinado a Manila encargándose de la cátedra de Derecho político. Defendió la causa del arzobispo Nozaleda y tuvo que salir de Filipinas. De vuelta en España le nombraron prior de Ávila. Después prior de Ocaña e inmediatamente en 1910, provincial. La provincia en este tiempo tenía cerca de seiscientos miembros, la más numerosa de la Orden. Después de siete años de provincial, fue elegido prior de Peñalver levantando y arreglando a la vez el edificio. Durante nueve años se dedicó allí a un apostolado fructífero.



El 22 de mayo de 1926 fue elegido Maestro de la Orden. En su primera carta a la Orden pidió colaboración sincera y la ayuda de la plegaria, porque se atravesaban tiempos difíciles y hasta de persecución; la Primera Guerra Mundial (1914-1918), entre otras causas, dejó desoladas o afectadas por graves heridas algunas Provincias: "¡cuánto derramamiento de sangre!", exclamaba. Se proponía con la ayuda de Dios poner remedio; lo deseaba vehementemente, sin ahorrarse ningún sacrificio. Anhelaba una Orden robusta en su constitución orgánica, rica en la acción sobrenatural por la santidad de vida y la observancia regular, con renombre por la firmeza y esplendor de la doctrina, incansable en el ministerio apostólico, abierta a las misiones, con aprecio por la vida espiritual. Su actuación como maestro fue fecundísima. Entre otras cosas trasladó el Angélicum a su sede actual. Inesperadamente, en 1929, renunció a su cargo de maestro. La razón oficial fue la salud. Pero parece que había algo más. El rechazo del Papa a ciertas actividades de los dominicos franceses, que el maestro defendía, debió ser la causa de una decisión tan repentina.

Retirado, al convento de santo Domingo de Ocaña, se hallaba en Madrid a mediados de julio de 1936, en el convento ya mencionado del Santísimo Rosario. Este convento, fue asaltado el domingo 19 de julio de 1936; se hallaban en la comunidad 15 religiosos, unos por asignación y otros de paso, que fueron fusilados. Once de los cuales fueron beatificados el 28 de octubre de 2007. El P. Buenaventura fue detenido el 11 de agosto y conducido por gente armada; se había identificado como religioso y sacerdote, y se entregó con gran valor: "no tengo más delito que el de ser sacerdote y religioso; la divina providencia así lo quiere", aseguran que declaró. Lo llevaron a un lugar de tortura, denominado checa, situado en la madrileña calle García de Paredes. Al día siguiente, 12 de agosto de 1936, lo condujeron al pueblo de Fuencarral y, hacia las 10 de la mañana, lo ejecutaron por arma de fuego en el paraje denominado Valdesenderín del Encinar, entre Fuencarral y Alcobendas; conservó hasta el último momento el rosario y el breviario. Lo enterraron en el cementerio de Fuencarral, localidad en que la Orden tuvo convento durante siglos y cuya iglesia está dedicada a "Nuestra Señora de Valverde".

Los restos fueron exhumados el 24 de octubre de 1940 y llevados a la cripta de la iglesia del Santísimo Rosario de Madrid. En 1967 los trasladaron de nuevo a la capilla - panteón del convento de santo Tomás de Ávila donde siguen localizadas sus reliquias.

El 28 de octubre de 2007 el Papa Benedicto XVI lo beatificó. La Orden de Predicadores venera con gozo a este hijo suyo con el título de Beato y Protomártir entre sus Maestros generales. En su fiesta encabeza a un grupo de 74 Mártires, representantes de toda la Familia de Santo Domingo: 40 sacerdotes, 18 hermanos cooperadores, 3 estudiantes clérigos, un novicio clérigo, una monja contemplativa, 7 hermanas de la Congregación de la Anunciata, 2 hermanas de la Congregación de la Enseñanza de la Inmaculada, 2 laicos dominicos.

Venezuela

Corría el año 1950. Grandes acontecimientos estaban sucediendo o acababan de suceder en los territorios históricos de misión del Extremo

Oriente de la Provincia de Nuestra Señora del Rosario. En China acababa de triunfar la revolución de Mao Tze-tung, lo que había provocado la expulsión o retirada de los religiosos que misionaban allí. En Vietnam, la revolución liderada por Ho Chi-minh estaba en plena ebullición y muchos de los misioneros también hubieron de abandonar ese territorio.

A estas circunstancias históricas extraordinarias debía responder el Capítulo Provincial que se celebraba en la ciudad de Manila ese año de 1950. El resultado de la reflexión capitular fue el de que la Provincia se hiciera cargo de varias misiones en Venezuela, a saber: en el Estado de Apure, en la parroquia de la ciudad de Rubio y del Colegio de Cristo Rey de la ciudad de San Cristóbal (Táchira). De este modo, la Provincia hacía un cambio muy importante, no a su misión de evangelización, sino al modo en que tradicionalmente la había ejercido, casi con exclusividad en los países del Extremo Oriente.

Una vez hecha la decisión de comenzar a misionar en Venezuela, se puso en marcha una importante cantidad de recursos humanos y económicos. En los diez primeros años, desde 1951, fecha en que llegan a Venezuela los primeros dominicos de la Provincia, hasta 1961 se crea la infraestructura de la misión, erigiendo casas religiosas en Rubio, Caracas, Guasadalito, Elorza, Barinas y San Cristóbal. Fruto de la sensibilidad social del Vicariato es el compromiso adquirido con la misión de Kamarata, en lo más intrincado de la selva con los indios Pemones, y la misión de Nueva Tacagua, misión de inmersión en uno de los barrios más pobres de Caracas

Los religiosos, en este comienzo, se dedicaron principalmente al ministerio parroquial, aunque los colegios fueron también un método preferido de apostolado. Así, ya en 1952, se abren los colegios de Trujillo y San Cristóbal y se hacen cargo de la capellanía del Instituto Coromoto de San Cristóbal. Posteriormente, en 1956, se fundaría el Colegido de San Juan de Letrán en San Fernando de Apure y en 1957 el Colegido Arzobispo Méndez de la ciudad de Barinas.

Eran tiempos muy difíciles, de mucha escasez material, de avanzadilla y exploración, en los que era fácil dar rienda suelta a la creatividad de los

dominicos allí presentes, y así ya en 1954, el P. Juan F. Hernández inaugura una emisora de radio, llamada Gratia Plena, en Trujillo, y en 1956 el P. Lorenzo Galerón adquiere una avioneta para ejercer su ministerio. Este mismo año 1956 se realiza la primera excursión apostólica a zona de indios. La necesidad de establecer una base firme en Venezuela era la prioridad de aquellos religiosos, teniendo que aceptar frecuentemente los ministerios que los Obispos, debido a la escasez de clero diocesano, les ofrecían, aunque ello supuso para la mayoría el vivir solos y aislados de la comunidad desde el principio.

En los años siguientes el Vicariato fue creciendo progresivamente en recursos humanos. Dos son las razones coyunturales que lo aconsejaron: los territorios históricos de la Provincia en Extremo Oriente iban disminuyendo con la creación de entidades dominicanas autóctonas. Además, Venezuela era el único ministerio propio de la Provincia en lengua castellana fuera de España. Todo esto hizo que Venezuela fuera el Vicariato donde los hermanos provenientes de los Vicariatos del Oriente podían continuar ejerciendo su vocación misionera sin tener que aprender nuevas lenguas.

Durante este periodo de consolidación, la línea de ministerios escogido por los religiosos se mantiene: aceptan principalmente parroquias, capellanías y colegios, pero el Vicariato fue extendiéndose a otras regiones del país. Durante este periodo se erigen los Conventos de Santo Domingo de San Cristóbal y el de San Fernando, cuyo primer prior, el P. Ovidio Rodríguez, es también un consumado piloto.

En los años setenta se incorporaron al Vicariato numerosos religiosos venidos de España y de otros vicariatos y se comenzó un proceso de selección de ministerios y de adecuación de los ministerios a unos criterios más acordes con el proyecto de vida comunitario dominicano. La sangre nueva se hizo notar rápidamente en presencias en nuevas áreas de apostolado: profesorado en universidades, seminarios y liceos, conducción y asesoramiento espiritual en ejercicios espirituales y en movimientos apostólicos eclesiales, presencia en los medios de comunicación social por

medio de publicaciones y programas de radio y una acción apostólica y social dirigida crecientemente hacia los marginados e indios.

Fruto de estas nuevas líneas de apostolado han sido numerosas publicaciones, unas de carácter interno como el "*Boletín del Vicariato Regional de Venezuela*", y otras de carácter pastoral, como "*Guías para la celebración dominical de la Eucaristía*" que vio su primera luz en San Cristóbal en 1978. También es de destacar el Museo Vicarial y Biblioteca de Temas Venezolanos, sito en la casa de San José de Caracas, inaugurado en 1977. Pero sobre todo es de destacar el compromiso adquirido por el Vicariato en dos nuevos lugares "de frontera": la misión con los indios Pemones en Kamarata y la misión de inserción con los más deprimidos en Nueva Tacagua.

Una asignatura siempre pendiente es la instauración de una entidad dominicana nativa. Por ello, se ha dado una importancia capital a la captación y formación vocacional, en colaboración con los religiosos dominicos del Vicariato de Andalucía. Así nació en 1986 el "*Proyecto Vocacional Dominicano*", destinado a la creación de una entidad nueva venezolana con personal nativo. Como en todo proyecto nuevo, han sido muchas las dificultades, pero lo ya logrado es más que prometedor.

Es una corta historia que todavía no cuenta muchos años, pero es una historia rica y variada como la tierra y gentes de Venezuela, y sobre todo, es una historia regada con el sacrificio, ilusión y vocación misioneras de los religiosos dominicos que la han protagonizado.

COREA

El día 24 de abril de 1988 el P. Guillermo Tejón, Provincial de la Provincia del Rosario escribía a Mons. Peter Kang, Obispo Auxiliar de Seúl ofreciendo la posibilidad de fundar en Corea.

El Obispo respondió el 10 de Junio de 1988 que: "en el caso de que vuestro próximo Capítulo Provincial decida ir adelante con la nueva

fundación en Corea, estaríamos gustosos de aceptar algunos miembros de vuestra Provincia para que pudieran dedicar un tiempo para obtener un conocimiento suficiente de la lengua y de la cultura coreana, de modo que puedan estar preparados para hacer el discernimiento final sobre la posibilidad y el modo de vuestra futura actividad apostólica en Corea”.

El capítulo general de Oakland 19 de julio al 8 de agosto dice en su número 38: “Encomendamos a la Provincia de Nuestra Señora del Rosario la fundación de una casa de nuestra Orden en Corea.

El consejo General de las Dominicadas Misioneras de Santo Domingo del 6 de marzo de 1991 donó a la Provincia de Ntra. Sra. del Rosario, con motivo del centenario de la incorporación de la Congregación a la Provincia-Madre la casa que la Congregación posee en Seúl sita en 4-783 Mia 3-Doing. El día 16 de julio de 1993 la Madre General Luisa M. Manteca entregaba la llave de esta casa al P. Santiago Saiz.

El P. Pedro Luis González pedía el 9 de abril de 1994 los permisos canónicos al Cardenal de Seúl para erigir la casa de Santo Domingo. Este permiso se concedió por medio del Obispo Auxiliar el día 3 de junio de 1994. El 30 de Junio el P. Provincial pedía al Maestro de la Orden la erección canónica de la casa de Santo Domingo. El documento del Maestro de la Orden está firmado el día 8 de julio de 1994.

La comunidad fue reforzada posteriormente con la asignación de los PP. Luis Alberto Martín Rey y Mariano González en septiembre de 1994 y posteriormente el P. Javier Arrazola.

El Consejo de Provincia celebrado el 6 de diciembre en Corea aprobó en principio, la adquisición de una casa adyacente para poder acomodar a los aspirantes y novicios y grupos de retiro.

El 7 de febrero los tres primeros novicios tomaron el hábito y el mismo día otros tres aspirantes ingresaron en el aspirantado y comenzaron a hacer los estudios eclesiásticos en el Seminario de Seúl.

Después de familiarizarse con la lengua y cultura los cuatro religiosos asignados a esta comunidad han comenzado a ejercer el apostolado de la predicación y asistencia a parroquias y comunidades de religiosos y religiosas, retiros a grupos mixtos y grupos de oración en sus múltiples ramas.

Actualmente la comunidad tiene como responsabilidad primera la formación de los novicios y aspirantes para implantar la Orden, sin descuidar los compromisos apostólicos. En 2012 sólo queda en Corea un español, Fray Javier Arrázola. Coreanos, en las dos casas abiertas, hay ocho y alguno más en formación.

Impresiones finales

Al término de la guerra civil española, la provincia en España se encontraba maltrecha y empobrecida. Durante la república, los superiores, a lo grande, como se acostumbra entre nosotros, decidieron trasladar a todos los teólogos a Hong Kong. Eran cincuenta. No se resignaban a perderlos debido a las dificultades políticas de España. Dicho y hecho. Fueron saliendo en pequeños grupos hacia Portugal y el 18 de mayo de 1936 se embarcaron en el puerto de Lisboa en el buque holandés *Sibajak*. De ahí que después de la guerra entre estos y los numerosos mártires que se llevó por delante la contienda, el número de religiosos estaba bajo mínimos.

Poco a poco y, bajo los buenos auspicios que auguraba la política de Franco, se fue recomponiendo el personal. Las escuelas apostólicas de *la Mejorada* y de *Santa María de Nieva* comenzaron a formar nuevos dominicos. Después se reabrieron el noviciado de Ocaña y el estudiantado de Ávila. En 1951 fue elegido provincial el P. Silvestre Sancho, un hombre de gran magnificencia. Debido al aumento de vocaciones construyó con dinero recibido de compensaciones por destrozos y bombardeos en varios países comenzando por España, el colegio de Arcas Reales en Valladolid, el Convento de San Pedro Mártir en Madrid, la Clínica Puerta de Hierro y se agrandó el estudiantado de Ávila. El P. Sancho no contento con esto envió a muchos estudiantes a estudiar en el extranjero. Entre ellos estaba yo que fui destinado a Alemania para hacer la teología. La frase escueta que acompañó el mandato fue la siguiente. “España es un país muy atrasado y tenemos que ponernos al día”.

El boom de vocaciones de aquellos años fue una burbuja porque gran parte de los que entraron no perseveraron. Desde hace veinte años

el descenso de vocaciones es casi total. No se trata de nosotros ni de la Orden solamente sino de toda la vida religiosa. Algo no marcha y, por tanto debemos buscar en lo profundo lo que no estamos haciendo bien para poder renovarnos. En España aparentemente estamos abocados al fracaso.

Por otra parte la Provincia en Oriente tenía también prohibido el reclutamiento de vocaciones. En efecto, desde la creación de las provincias Reina de los Mártires, la de Filipinas y el Vicariato General Chino en Taiwán, la provincia de Nuestra Señora del Rosario no debía reclutar ya más vocaciones en Oriente con el objetivo de que las nuevas provincias y el Vicariato General Chino pudieran crecer y desarrollarse. Así pensaba el capítulo General de Quezon City, celebrado en Filipinas. Estas decisiones condenaban a la provincia a su disolución y la idea se venía aceptando, ya que para 1997, fuera de las vocaciones que venían de Corea no se veían motivos de esperanza.

En 1996, durante la visita a la curia provincial de Fr. Timothy Radcliffe, Maestro de la Orden, se discutió ampliamente sobre la práctica que la Orden había, directa o indirectamente, impuesto a la provincia de no reclutar vocaciones. La discusión fraterna y abierta y el proceso de diálogo que el P. Pedro Luis González y el consejo de provincia mantuvieron con la Curia de la Orden concluyó con un respaldo del Maestro de la Orden que decía en una carta oficial: *“La cuestión de las vocaciones para la Provincia produjo frecuentemente tensiones en el pasado dentro de la Orden. Pero dado que trabajamos todos por la misma misión, ...es vital que la promoción de vocaciones se lleve a cabo con entusiasmo pero también con sensibilidad... si conseguís vocaciones, sea de los países en los que trabaja la Provincia, sea aceptando hermanos de otras Provincias que quieran trabajar en Asia, entonces cambiará la fisonomía de la Provincia. Será más internacional, como lo era al principio.”* (Cf. ACP1997, pp.8-9).

Con este apoyo la Provincia comenzó a trabajar seriamente en la promoción vocacional con sus altos y bajos, pero convencidos del gran desafío misional en Asia donde residen dos tercios de la población

mundial y el porcentaje de católicos se sitúa por debajo del 5%. De 1997 al 2001 se abrieron o reforzaron los postulados en Tokio, Corea y Singapur y el capítulo Provincial de 2001 intensificó la política iniciada y el de 2005 estableció el noviciado en la Casa de San José de Kowloon, Hong Kong (Cf. ACP2005, n.163).

La reestructuración de la Provincia viene reforzada por la apertura de las casas de Joaquín Royo en Macao (7-10-2004) y Ntra. Sra. Madre Inmaculada de los Dolores, en Hong Kong (9-1-2005); la erección del noviciado en la Casa de Joaquín Royo en enero de 2004; la transfiliación a la Provincia del Rosario de los Hermanos del Proyecto Conjunto en Venezuela el 25 de febrero de 2004; la aceptación de 9 postulantes en el Convento de San Alberto, Hong Kong, procedentes de la diócesis de Loikaw, Myanmar, que daría un nuevo ímpetu a la promoción vocacional; el traslado de los estudiantes a la casa de Sto. Domingo, Macao (2008) y el noviciado al convento de San Alberto por decisión el capítulo provincial de (2009); la apertura de la casa de Sto. Domingo en Yangún, Myanmar (7-10-2010) y la encomienda a la provincia de abrir una casa en Timor del Este que se espera iniciar en enero de 2013. En este momento, finales de 2012, hay 11 novicios en Hong Kong y 24 teólogos en Macao.

Las estadísticas, como se ve, son prometedoras. Ni los más optimistas podían soñar hace poco que un tercio de nuestros frailes en Oriente fueran nativos. No obstante permanece el gran desafío de la integración, de la confianza, de dar paso a estas fuerzas y a esta juventud. Es natural y lógico mantener medidas prudentes de decisión, pero la sociedad contemporánea nos indica que cuando la savia y los cambios no se aceptan se crean rupturas y confrontaciones.

Madrid, diciembre de 2012

Chus Villarroel O P